

# *Análisis del concepto de Biblioteconomía*

ENRIQUE MOLINA CAMPOS

Profesor Titular de Biblioteconomía.  
Escuela Unversitaria de Biblioteconomía y Documentación.  
Universidad de Granada

Al objetivo de establecer un concepto de la disciplina Biblioteconomía, mediante el oportuno análisis, le conviene, en mi opinión, como punto de arranque, más que el examen de las teorías en circulación y de las ya no vigentes (al cual seguiría, a título de deducción selectiva terminal, la formulación de un concepto de la disciplina considerado cabal), una definición ya dada, cuyo análisis inmediato incluya pertinentes puntualizaciones, cotejos correctores y paralelos enriquecedores. Tal definición debe abarcar, con holgura pero con los debidos deslindes, la práctica y la reflexión que han configurado la disciplina a lo largo de la historia, y debe poseer la suficiente virtualidad de futuro como para que posibles cambios internos o externos en los elementos configuradores de la disciplina no amenacen su propia consistencia conceptual. Se trata, en palabras de Alfredo Serrai, de

“...delinear, de la biblioteconomía, aquella imagen común a las experiencias y a las especulaciones, pasadas y presentes, que sirva de panorama teórico global, válido como estructura general de coordinación de la realidad y de las expectativas, o como ocasión y estímulo de direcciones de investigación”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> SERRAI, Alfredo: *In difesa della biblioteconomia. Indagine sulla identità, le competenze e le aspirazioni di una disciplina in cerca de palingenesi*. Firenze, Giunta Regionale Toscana, La Nuova Italia Editrice, 1981, p. 1. (La traducción, como las de todos los textos en lengua no española citados aquí, es mía.)

Normalmente, este tipo de definición tendría que quedar a salvo de controversias y de parcialidades escolásticas, aunque desde luego admita la crítica (que estaría más cerca de la exégesis que de la censura). De ahí mi preferencia para ese cometido de apertura a una epistemología de la disciplina, que yo le asigno aquí con vistas a su aprovechamiento docente. Porque al alumno, que llega a una Universidad con parvo bagaje cultural y escasa práctica analítico-sintética (si no es que procede de otro centro universitario), se le debe facilitar, de entrada, un reducido sistema de conceptos básicos, claros, concisos y orgánicos, partiendo de los cuales se elaborará, con su colaboración, una estructura teórica bien cohesionada; meterlo muy pronto en el entramado epistemológico-técnico de la disciplina podría desconcertarlo y desalentarlo. De otra parte, la definición que yo he elegido para incoar el estudio de la disciplina y concomitantemente la enseñanza de la misma, posee la ventaja de su fácil memorización, ventaja nada desdeñable porque, dejando aparte los excesos de un memorismo a ultranza, reprobado por la didáctica reciente, es obvio que incluso los niveles universitarios de aprendizaje requieren una importante cuota de memorización. Por último, la función de oportunidad y acicate para una investigación multidireccional, que Serrai señala como resultado deseable de la definición que él postula, es una ventaja más de la definición de partida que estoy caracterizando, porque abre a profesor y a alumnos esa segunda dimensión esencial de la relación docente que es la actividad investigadora.

He aquí, por fin, la definición por la cual he optado tras hacerme las consideraciones precedentes. Su autor es Domingo Buonocore. Y dice así:

“Biblioteconomía. (Del gr. *biblion*, libro; *theke*, caja, armario y *nomos*, regla, ley.) Por biblioteconomía se entiende el conjunto de conocimientos teóricos y técnicos relativos a la organización y administración de una biblioteca. Comprende una parte doctrinaria que estudia la teoría de la selección y adquisición de libros, catalogación, clasificación y régimen económico-administrativo de la biblioteca: recursos, local y mobiliario, personal, conservación de los libros y uso de la biblioteca, y una parte que se relaciona propiamente con el arte de administrarla, de gobernarla, para realizar con la mayor eficacia y el menor esfuerzo los fines específicos de la institución.

La primera parte es científico-técnica; la segunda, en cambio, político-administrativa, pues comprende el estudio de los métodos, medios y formas más convenientes para asegurar un buen servicio público de lectura”<sup>2</sup>.

Elegir esta definición —por las razones que he explicado más arriba— no quiere decir asumirla en bloque y exclusivamente. El análisis vendrá a ensan-

<sup>2</sup> BUONOCORE, Domingo: *Diccionario de Bibliotecología*. 2.ª ed. aum. Buenos Aires, Marymar, 1976, p. 91.

charla, y también a rectificarla (pero no a invalidarla para el cometido que aquí cumple).

Del componente léxico *nomos* dice Serrai que:

“...funde los dos significados, de ‘uso’ y de ‘ley’, en la presuposición simétrica de que o bien los usos representen unas regularidades, y por tanto se deriven de las leyes, o bien las normas no sean más que codificaciones de fenómenos regulares. En el término biblioteconomía resultan así etimológicamente incluidas las dos ideas que presiden las dos direcciones fundamentales de la disciplina bibliotecaria: la primera relativa a la determinación de las leyes de funcionamiento, para después derivar de éstas los procedimientos más eficientes; la segunda referida a la especificación y por consiguiente a la repetición de las prácticas bibliotecarias, de aquello que en la biblioteca se ha hecho siempre, se ha de hacer y se deberá seguir haciendo”<sup>3</sup>.

A la primera actitud le atribuye Serrai un carácter teórico, a la segunda una finalidad técnica<sup>4</sup>; añadiendo:

“Como se sabe, la relación entre teoría y práctica no es de precedencia o de dependencia, sino de correlación, o mejor, de dialéctica, esto es, de continuo intercambio recíproco”<sup>5</sup>.

Imediatamente, Serrai vuelve sobre el significado de *nomos*:

“La concepción implícita en la palabra griega es de tipo estático, y es adecuada sólo cuando los procesos, usuales o regulados, se mantienen constantes; traducido en términos bibliotecarios, hasta cuando las bibliotecas tienen una cierta dimensión y desarrollan ciertos servicios. Que esto no sucede, ya lo sabemos; por lo cual el problema no es descubrir las leyes del funcionamiento o las técnicas más oportunas para una clase de bibliotecas, sino verificar las teorías generales y las prácticas aptas para todas las situaciones de depósito y de consulta de las memorias documentarias”<sup>6</sup>.

Las consideraciones de Serrai, particularmente lúcidas, vienen a poner en evidencia las limitaciones de la definición de Buonocore. Esta, al distinguir en la

---

<sup>3</sup> *In difesa...*, pp. 1-2.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 2.

<sup>5</sup> *Ibid.*

<sup>6</sup> *Ibid.*

biblioteconomía una parte “científico-técnica” y otra “político-administrativa”, no advierte la disemia del lexema *nomos* (-*nomía*), y en consecuencia: *a*) no deja lo bastante claros ni el carácter “doctrinario” de la parte primera ni la relación del “gobierno” de la biblioteca con lo que de “político-administrativo” haya en el “conjunto de conocimientos teóricos y técnicos”; *b*) elude la “relación dialéctica”, señalada por Serrai, entre teoría y técnica; *c*) asume la concepción estática de la biblioteca (y del “conjunto de conocimientos” relativos a ella), implícita en la palabra griega, lo cual comporta asumir con toda naturalidad una idea de la biblioteca, y de las teorías y técnicas bibliotecarias, sumamente restringida: baste comparar el “buen servicio público de lectura” de que habla Buonocore, al referirse a la finalidad de “los métodos, medios y formas” comprendidos en la parte “político-administrativa” de la biblioteconomía, con “todas las situaciones de depósito y de consulta de las memorias documentarias” para las cuales, según Serrai, deben ser aptas las “teorías generales y las prácticas” cuya verificación es el verdadero problema de la disciplina; en realidad, las bibliotecas tomadas en cuenta por Buonocore en su definición no son otras que las de “procesos constantes”, o sea, hasta que “tienen una cierta dimensión y desarrollan ciertos servicios” —en palabras de Serrai, quien, como hemos visto, llega a negarles subsistencia—.

Pero es del propio Buonocore de quien proceden algunas puntualizaciones que, a decir verdad, contradicen o cuestionan importantes elementos de su definición. Abordémoslas ahora, aun a riesgo de incluir extremos que corresponden al estudio de la situación de la disciplina en el ámbito de las ciencias y las técnicas. En el artículo *Ciencia bibliotecaria* de su *Diccionario*, tras equiparar aquel término con el anglosajón *library science* en el significado de “conjunto de los conocimientos profesionales relativos al libro y a la biblioteca” (significado que no es posible suscribir sin más), Buonocore afirma:

“Esta terminología nos parece exagerada y, en cierto modo, pedante. En efecto, una ciencia es, como bien se sabe, un conjunto de verdades generales sistematizadas y fundadas. No hay ciencia de lo particular, de lo individual. Además, estas verdades persiguen siempre un objeto abstracto, esto es leyes o principios. Nada de esto ocurre con la mal llamada ciencia bibliotecaria. Ella forma —no puede negarse— un conjunto de conocimientos, pero estos conocimientos están enlazados entre sí, no por su dependencia lógica o relaciones sistemáticas, sino por la unidad del fin al cual concurren. Y este fin no es teórico como en la ciencia pura, sino práctico, eminentemente utilitario. El se propone, en definitiva, el ordenamiento y clasificación de las fuentes bibliográficas del saber —libros, documentos, etc.— para facilitar su consulta y aprovechamiento al estudioso. En otros términos, una técnica al servicio de la cultura, es decir, un conjunto de procedimientos destinados a producir ciertos resultados o fines útiles. Por tanto, si se quiere emplear una denominación genérica, para referirse a las disci-

plinas bibliotecarias, ella no podrá ser nunca la de ciencia, sino la de tecnología. Un conocimiento técnico, es un conocimiento que no está considerado desde el punto de vista de su valor lógico, especulativo, sino desde el punto de vista de su aplicación a algún fin práctico”<sup>7</sup>.

Dejemos aparte, por el momento, lo que sea o venga a ser una ciencia. (Se me ocurre que una crítica de este artículo a la luz de la teoría, o filosofía, de la ciencia, podría hacer estragos.) Aplacemos, igualmente, la consideración de la *library science* anglosajona, y de la *Bibliothekswissenschaft* alemana, así como de las controversias que, en cuanto “ciencia”, han suscitado en sus países de origen. Lo urgente ahora es preguntarse: ¿cómo entender que la biblioteconomía es “un conjunto de conocimientos *teóricos* y *prácticos*”? ¿En qué sentido su primera parte es “doctrinaria”? Y sobre todo, ¿qué quiere decir exactamente Buonocore al calificar esta primera parte de “científico-técnica”? No parece que el bibliotecólogo argentino esté refiriéndose al *principio de tecnicismo*, propuesto por la actual filosofía de la ciencia y según el cual el progreso del conocimiento científico no puede separarse del de los medios técnicos, ni al *principio de dualidad*, que insiste en la existencia de un plano teórico y de un plano de experimentación que deben constantemente ir en acción y reacción mutuas<sup>8</sup>. Lo que parece es que el concepto de biblioteconomía ofrecido por Buonocore sea lamentablemente reduccionista, en exclusivo favor de la tecnología, y aún más, de la tecnología reducida a su aplicación utilitaria; ni siquiera alcanza a constituir la biblioteconomía en ciencia aplicada, en el sentido de la *librarianship* inglesa.

En otro lugar de su *Diccionario* (artículo *Economía bibliotecaria*<sup>9</sup>), Buonocore reitera las ideas que acabo de comentar y añade otras que vienen a recortar la definición que nos ocupa. Empieza por contraponer “economía bibliotecaria” (*library economy*), “aspecto práctico de la biblioteconomía, referido especialmente a la organización y administración de bibliotecas”, a “ciencia bibliotecaria” (*library science*), “parte doctrinaria, teórica”. Si esta última es negada sustancialmente en el artículo a ella dedicado, ¿cómo ahora se la califica de “parte doctrinaria, teórica”, con lo cual se la identifica, al menos terminológicamente, con esa primera parte que la definición distinguía en la disciplina, y por tanto se la legitima? A continuación, tras repetir sus reservas ante la “ciencia bibliotecaria”, Buonocore establece diferencias entre la ciencia y el saber:

---

<sup>7</sup> BUONOCORE: *Diccionario...*, p. 124.

<sup>8</sup> *Vid.* sobre todo: BUTTERFIELD, H., *Los orígenes de la ciencia moderna*, Madrid, Taurus, 1958; BUNGE, M., *La ciencia. Su método y su filosofía*, Buenos Aires, Siglo XX, 1960; HEISENBERG, W., *Los fundamentos de la ciencia*, Madrid, Norte y Sur, 1962; NEWMAN, J. R., *¿Qué es la ciencia?*, Madrid, Aguilar, 1963; NICOL, E., *Los principios de la ciencia*, México, F.C.E., 1965; ALTHUSSER, L., *Curso de filosofía para científicos*, Barcelona, Laia, 1975.

<sup>9</sup> BUONOCORE: *Diccionario...*, pp. 178-179.

“...entre el saber y la ciencia existe una relación de género a especie. El saber (del latín *sapere*, tener sabor, ser docto o prudente) posee una significación más lata y comprensiva que la ciencia, reducida únicamente al saber fundado y sistematizado”<sup>10</sup>.

Lo más interesante es la aplicación de tales diferencias a la caracterización de la disciplina:

“De ahí que los conocimientos relativos al libro y a la biblioteca, constituyen más bien, en nuestra opinión, un saber técnico que una ciencia pura. La biblioteconomía, en última instancia, es un conjunto de medios y recursos que nos enseña a reunir y organizar una colección de libros para ponerla al servicio del estudioso. Con estas salvedades, podríamos aceptar que la bibliotecología sea definida, en lo que atañe a su naturaleza propia, como una ciencia, o, mejor aún, como un saber técnico, una disciplina tecnológica. Bien se ha admitido que la tecnología viva constituye, esencialmente, el enfoque científico de los problemas prácticos, es decir, el estudio y tratamiento de las cuestiones del hacer, con la ayuda del método investigativo. Por lo demás, el saber técnico es un saber crítico, reflexivo, buscado de intento, esto es, autoconsciente y de validez general. En nuestro caso —la biblioteconomía— ese conocimiento técnico busca los medios para perfeccionar los procesos conducentes al propósito fundamental de accesibilidad a todas las fuentes informativas. Véase también *bibliotecología*”<sup>11</sup>.

Admitamos que Buonocore niegue a la biblioteconomía la condición estricta de ciencia; como veremos, otros biblioteconomistas han hecho lo mismo o algo parecido, y hoy prevalece la actitud positiva. Lo que no se puede admitir es el uso indistinto de los sustantivos “técnica” y “tecnología”, y de los adjetivos “técnico” y “tecnológico”; un buen diccionario enciclopédico nos libraría de detenernos aquí en distinciones consabidas. Pero lo que yo quiero poner ahora de relieve son las contradicciones en que Buonocore incurre y que dan una impresión de ambigüedad o de falta de rigor en la incorporación, a sus análisis, de importantes datos conceptuales. Así, en el fragmento recién transcrito, la finalidad última de la biblioteconomía es poner una *colección de libros* al servicio del *estudioso*; y líneas más abajo, la *accesibilidad a todas las fuentes informativas*. Si los dos primeros subrayados hacen pensar en la biblioteca tradicional y erudita, de fondos exclusivamente bibliográficos, el tercer subrayado parece aludir a la biblioteca más actual, sistema (o subsistema) informacional, con fondos bibliográficos y no bibliográficos, primordialmente accesible a todos.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 179.

<sup>11</sup> *Ibíd.*

Así también, habla primero de *bibliotecología* y después de *biblioteconomía*, sin ningún matiz diferenciador, como meros sinónimos; lo cual sería admisible si él mismo, en su *Diccionario* (artículo *Bibliotecología*), no hubiese dicho:

“Algunos autores —Fumagalli, por ejemplo, en su *Vocabulario bibliográfico*— registra (*sic*) la palabra bibliotecología como sinónima de biblioteconomía, equivalencia que nosotros no aceptamos, pues existe entre ambas una relación de género a especie: la primera es el todo, la segunda simplemente una parte o una rama”<sup>12</sup>.

(De la bibliotecología *stricto sensu* me ocuparé más adelante, y justamente sobre la base del artículo de Buonocore, en relación con la biblioteconomía y con otras ciencias y técnicas; y también, del significado y las analogías que el término tiene para otros autores.)

Y bien: ¿es realmente la más idónea para definición de partida la que ofrece Buonocore, si se muestra tan vulnerable a una crítica múltiple? Ya avisé, al comienzo, de que mi propósito es hacer uso de una definición amplia de concepto, escueta de expresión, comprensible y fácilmente recordable; pero no recibéndola como dogma, sino precisamente sometiéndola a un análisis, del cual ha de salir en tales condiciones de actualidad, exactitud y solidez epistemológica que sirva de base para un estudio del contenido de la disciplina. En suma: la cuestión no es adoptarla, sino aprovecharla, por las cualidades que en ella he señalado, para levantar un aceptable edificio doctrinal. Y ese aprovechamiento sólo puede efectuarse a través de la crítica, la cual, por cierto, debe ser un importante elemento activo de la docencia, vale decir, debe hacerse en clase y con la colaboración de los alumnos. Por lo demás, yo no pretendo que mi crítica —la que acabo de plantear— sea ni exhaustiva ni impecable; sólo aspiro a que cumpla, respecto a la definición elegida, las funciones de validación que le he asignado.

Retengamos, pues, de la repetida definición, el siguiente esquema conceptual:

conjunto de conocimientos teóricos y técnicos  
 ↓ sobre  
 organización y administración  
 ↓ de  
 bibliotecas.

Y repasémoslo en otras definiciones o descripciones de la disciplina. Empecemos por la que ofrece un diccionario enciclopédico: la *Nueva Enciclopedia Larousse*, en la versión española de Editorial Planeta. Dice así: “Ciencia y arte

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 90.

de la conservación, ordenación y servicio de bibliotecas”<sup>13</sup>. Observamos, respecto al esquema precedente, que el “conjunto de conocimientos teóricos y técnicos” de Buonocore, cuya inclinación del lado de la técnica práctica acabamos de comentar, se cambia por una difusa “ciencia y arte” sin que a la definición siga una parte enciclopédica en la cual se especifique la proporción de ciencia y de arte, ni siquiera qué se entiende por cada uno de esos términos. De otra parte, la “organización y administración” es en el Larousse-Planeta “conservación, ordenación y servicio”, términos que detallan más pero evidentemente abarcan menos. Para terminar con la referencia a obras no especializadas, citaré la definición que en su *Diccionario de uso del español* da María Moliner, la coautora del frustrado plan de bibliotecas públicas de la Segunda República: “Ciencia de la conservación, arreglo y servicio de las bibliotecas”<sup>14</sup>. Si aquí Moliner opta exclusivamente por la “ciencia”, la “conservación, arreglo y servicio” se identifica con los elementos teleológicos de la definición anterior, con la desventaja de utilizar el término “arreglo”, vulgar e impreciso si no mala traducción de *arrangement*.

En otros lugares me he ocupado de la evolución histórica del contenido de la disciplina. Por consiguiente, es allí donde reseño con pormenores el nacimiento de la biblioteconomía como ciencia, hecho que tuvo lugar en Alemania, a principios del siglo XIX, por obra de Martin Schrettinger. Ahora, en este repaso/cotejo de definiciones, sólo quiero referirme a la que da Schrettinger de la *Bibliothek-Wissenschaft* (ciencia de la biblioteca), y ello a través de la interpretación de Serrai:

“Para Schrettinger, la biblioteconomía, presentada lúcidamente como concatenación de propósitos, de objetivos y de operaciones, es la disciplina científico-técnica encargada de coordinar, del modo más satisfactorio, las dos fases esenciales de ‘búsqueda del libro’ y ‘rápido hallazgo del libro’”<sup>15</sup>.

Es manifiesta la modernidad, o mejor, la actualidad, del concepto schrettingeriano, que entronca con el *information retrieval* (y por ende con una comprensiva ciencia de la información) instaurando un proceso complejo, de índole científica y de realización técnica, cuyo nudo de halla (y esto es una constante de todos los estudios bibliotecarios que han aspirado a superar el nivel de la mera práctica) en los catálogos.

Cuando Ebert, en la *Allgemeine Encyclopädie der Wissenschaften und Künste*<sup>16</sup>, incluyó el término *Bibliothekswissenschaft*, casi recién creado por Schrettinger

<sup>13</sup> *Nueva Enciclopedia Larousse*, 2.ª ed., Barcelona, Planeta, 1982, t. III, p. 1178.

<sup>14</sup> MOLINER, María: *Diccionario de uso del español*, 1.ª ed., 1.ª reimpr., Madrid, Gredos, 1977, t. I, p. 373.

<sup>15</sup> *In difesa...*, p. 22.

<sup>16</sup> *Allgemeine Encyclopädie der Wissenschaften und Künste*, hrsg. von Johann Samuel ERSCH

ger, definió la biblioteconomía (la *B-W*) como “el conjunto de conocimientos y habilidades necesarios para la gestión de una biblioteca”, conjunto en el que teoría y práctica son dos aspectos de la actividad bibliotecaria, distinguibles sólo en palabras pero no en los hechos. Ebert, que había acusado a Schrettinger de empobrecer la figura cultural del bibliotecario al convertir a éste en simple técnico de la organización bibliotecaria, es realmente quien empobrece la biblioteconomía al despojarla de toda condición científico-técnica y al reducir a gestión el proceso de recuperación informacional. Por lo demás, Ebert divide la biblioteconomía en dos partes que, según él, en la práctica son difícilmente discernibles y separables: la actividad de disposición y ordenación (*Einrichtungskunde*), dedicada a la preparación de los catálogos, y la actividad administrativo-gestionaria (*Verwaltungskunde*), a la que competen las tareas que él mismo define como económicas y disciplinarias<sup>17</sup>. Para Serrai, quien critica la reunión de actividades tan heterogéneas, son las de ordenamiento y catalogación las que más precisamente distinguen “el carácter y la especificidad de la biblioteconomía como disciplina”<sup>18</sup>.

Apenas un cuarto de siglo después, Zoller, primero en un pequeño tratado de biblioteconomía<sup>19</sup> y después en una colección de artículos<sup>20</sup>, reaccionó contra los adversarios de Schrettinger y, siguiendo a éste, expuso su concepción de la disciplina como ciencia de la ordenación y la gestión de la biblioteca, y afirmó que la biblioteconomía era creación del siglo XIX, no sólo porque entonces recibió su nombre (ciencia de la biblioteca) sino mayormente por el planteamiento que le había sido dado y por el reconocimiento que estaba consiguiendo, todo ello a partir de Schrettinger puesto que antes la materia carecía de fundamento lógico y de un desarrollo lógico de cada una de sus partes<sup>21</sup>.

Por aquellos mismos años, Petzholdt<sup>22</sup> definía la *Bibliothekswissenschaft* como “ordenamiento sistemático de todos los conocimientos que se refieren a las bibliotecas”, añadiendo que “en cuanto tal” se divide en *Bibliothekslehre* y *Bibliothekskunde*, términos que en la traducción italiana de Biagi y Fumagalli<sup>23</sup> corresponden respectivamente a “arte y doctrina de administrar una biblioteca” (biblioteconomía) e “introducción a la noticia de las bibliotecas” (bibliotecografía), y que en latín equivaldrían a *De ordinanda bibliotheca*, el primero, y a

---

und Johann Gottfried GRUBER, Leipzig, 1923. EBERT, Friedrich Adolf: art. *Bibliothekswissenschaft*, Sect. 1, Th. 10, pp. 69-73.

<sup>17</sup> Citado por SERRAI, *In difesa...*, pp. 28-29.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>19</sup> ZOLLER, Edmund: *Die Bibliothekswissenschaft im Umrise*. Stuttgart, 1846.

<sup>20</sup> ZOLLER, Edmund: *Die Bibliothekswissenschaft*, en *Serapeum*, años 1848-1851.

<sup>21</sup> *Vid.* SERRAI, *In difesa...*, p. 29.

<sup>22</sup> PETZOLDT, Julius: *Katechismus der Bibliothekenlehre*. Leipzig, 1856; 2. Aufl. 1871; 3. Aufl. 1877.

<sup>23</sup> BIAGI, Guido; FUMAGALLI, Giuseppe: *Manuale del bibliotecario. Tradotto della terza edizione tedesca (...) Con un appendice originale di note illustrative (...) per cura di...*, Milano, 1894.

*De praecipuis bibliothecis notitia*, el segundo. Es patente que Petzholdt elude la calificación de “ciencia”. Para Serrai, la definición es “inadecuada e insidiosa” porque el “ordenamiento sistemático” enunciado por Petzholdt haría creer que los conocimientos devienen científicos como consecuencia de la organización, más que por el poder especulativo y organizativo que deben contener. Serrai denuncia el error de presentar la biblioteconomía como parte de la bibliotecografía, debido a la falta de estructura teórica, que no daba a la parte normativa más importancia que a la instructiva y narrativa <sup>24</sup>. (En cuanto al concepto de bibliotecografía, trataré de él más adelante, dentro del marco de la bibliotecología —concepto también por considerar.)

En realidad, lo que se debate de una a otra definición es la condición científica de la biblioteconomía. Aun aceptando el término creado por Schrettinger con un significado inequívoco, los adictos a una idea *cultural*, misional y básicamente conservadora del bibliotecario y sus trabajos, evitan o impugnan la biblioteconomía como ciencia, y esto ocurre sobre todo en Alemania, donde la tradición de bibliotecas eruditas es tan sólida. Von Harnack, Varjas, Leyh y otros desplazan, tanto como los ya referidos aquí en cuanto autores de definiciones, la teoría hacia la práctica, e incluso hacia el oficio, y si consienten en orientar la disciplina en sentido científico, lo hacen por el lado del libro —que encomiendan a las ciencias sociales y económicas— y no de la biblioteca, cuyas actividades rebajan a un nivel técnico-artesanal. De muy distinta y peculiar índole son las concepciones de Otlet, en las que el libro-documento es integrado en un sistema informacional (y a las que no les faltan antecedentes remotos, como la *Biblionomía* de Richart de Fournival). Pero todo esto corresponde a la compleja evolución histórica del contenido de la disciplina —y a su situación actual—, y por tanto es materia de otras áreas de estudio.

En el mundo anglosajón, la llamada Escuela de Chicago se plantea, al iniciarse el segundo cuarto de nuestro siglo, la formación de una doctrina científica, la *library science*. Y es Butler quien, en un ensayo que Serrai califica de “excelente para su tiempo” <sup>25</sup>, pone las condiciones para que se dé la deseable científicidad: partir de los fenómenos objetivos, escrutarlos con el rigor de las observaciones científicas, identificar sus elementos y sus funciones, aislar las actividades y los procedimientos en su medición cuantitativa, efectuar las explicaciones en términos de causa, o, cuando esto no sea posible, en términos de análisis estadísticos, proponer hipótesis y convalidarlas. La última frase del ensayo de Butler viene a significar la actitud contraria a la de los autores alemanes recién comentados aquí, y en consecuencia a señalar, resumiéndolas, las condiciones de científicidad: “Cuando la biblioteconomía traslade su atención desde el proceso a la función, entonces percibirá los fenómenos en el término de una ciencia bibliotecaria”.

<sup>24</sup> Vid. SERRAI, *In difesa...*, p. 2.

<sup>25</sup> BUTLER, Pierce: *An introduction to library science*. Chicago, A.L.A., 1933. Vid. SERRAI, *In difesa...*, p. 32.

En la Alemania inmediatamente anterior y posterior a la Segunda Guerra Mundial, la discusión sobre el carácter científico de la biblioteconomía, y juntamente la definición de la disciplina y de sus partes, giran en torno a la formación del bibliotecario y a la legitimidad de que ésta se desarrolle a nivel universitario. Leipprand <sup>26</sup> vincula la fundamentación científica de dicha formación al estudio del libro y de ciencias históricas auxiliares (de la ciencia, de la literatura, de la educación). Diatzko, Herse y Milkau habían ya, con escasos matices diferenciales, planteado la cuestión en esos mismos términos. Vorstius <sup>27</sup> piensa que, de la expresión *Bibliothekswissenschaft*, la parte significativa, *Wissenschaft* ("ciencia"), era en la teoría de Schrettinger tan vaga que podría haber sido sustituida por *Kunde* ("conocimiento") o *Lehre* ("instrucción"). Las actividades bibliotecarias no tienen más fundamento unitario, según él, que la utilización de las colecciones para diversos objetivos culturales, y en consecuencia la biblioteconomía es la doctrina de la valoración y del uso de la literatura conservada en biblioteca. Las disciplinas bibliotecarias, así unificadas y cohesionadas, son: la historia de las bibliotecas, la doctrina de la gestión bibliotecaria y la bibliografía. Predeek <sup>28</sup>, en la misma línea de preocupación por el *status* académico de la biblioteconomía, reivindica el derecho de ésta a un nivel universitario, en apoyo de lo cual la define ampliamente y la articula en un esquema ciertamente prolijo. He aquí la definición:

"La biblioteconomía indaga acerca de la constitución, el desarrollo, el funcionamiento y la actividad de las bibliotecas como portadoras de la tradición literaria, como instituciones científicas o populares dispuestas para la finalidad de difundir la ciencia, la cultura y la instrucción, como factores implicados en los acontecimientos sociales, políticos y económicos, como objetos administrativos, jurídicos y tecnológicos...

La biblioteconomía comprende tanto la parte teórica como la parte práctica de la actividad bibliotecaria; en el tratamiento de una y de otra no existe una diferencia de principio sino sólo de objeto de estudio" <sup>29</sup>.

El esquema, titulado *Systematik der Bibliothekswissenschaft*, se desarrolla en seis secciones (divididas en subsecciones y especificaciones): I. Concepto y tareas; II. Disciplinas auxiliares; III. Instituciones y funcionamiento de las

<sup>26</sup> LEIPPRAND, Ernst: "Fragen der Ausbildung für den wissenschaftlichen Bibliotheksdienst", *Zentralblatt für Bibliothekswesen*, 53, 1936, pp. 490-502.

<sup>27</sup> VORSTIUS, Joris: "Bibliothek, Bibliothekar, Bibliothekswissenschaft", *Zentralblatt für Bibliothekswesen*, 63, 1949, pp. 172-185.

<sup>28</sup> PREDEEK, Albert: *Die Bibliothekswissenschaft als Disziplin und Universitäts-Lehrfach*, en *Aus der Welt des Buches. Festgabe zum 70. Geburtstag von Georg Leyh*, Leipzig, 1950 (*Beihft zum Zentralblatt für Bibliothekswesen*", 75), pp. 169-184.

<sup>29</sup> *Ibid.* Citado por SERRAI, *In difesa...*, p. 37.

bibliotecas; IV. Funciones de las bibliotecas; V. Personal bibliotecario; VI. Historia de las bibliotecas.

Todavía a comienzos de la década de los sesenta, la vieja polémica de los bibliotecarios y profesores alemanes da, en la pluma de Leyh, una nota negativa respecto a los títulos científicos y académicos de la biblioteconomía <sup>30</sup>, cuando ya éstos habían sido acreditados por los autores angloamericanos. Leyh hace una reseña de las opiniones de sus compatriotas en torno a tres afirmaciones que suponen la negación, para la biblioteconomía, de toda científicidad:

“1. El conocimiento bibliotecario no constituye materia que pueda ser aprendida rápidamente con ayuda de la memoria; antes bien, debe ser adquirida en una larga experiencia práctica, esto es, en un continuo trato con los libros; el conocimiento bibliotecario no es una ciencia teórica como lo es la matemática. 2. La biblioteconomía es un conglomerado de disciplinas que en su conjunto carecen de un núcleo específico y de una cohesión interna. 3. El conocimiento bibliotecario adquiere valor sólo en la instrucción práctica, pero no es objeto de investigación científica; sus temas son demasiado simples” <sup>31</sup>.

He ahí, pues, la biblioteconomía reducida a ejercicio artesanal. El concepto definitorio no aparece, o se trasluce en su propio negativo.

Entretanto, la Escuela de Chicago profundiza y ensancha una positiva ciencia bibliotecaria. El más brillante de sus autores, Jesse H. Shera, crea la epistemología social, disciplina cuya profundización no es aquí pertinente, y que en esencia consiste en una teoría de la comunicación social. Tras señalar la afinidad entre ella y la biblioteconomía, Shera caracteriza esta última con las observaciones siguientes:

“El objetivo de la biblioteconomía, cualquiera que sea el nivel intelectual a que opere, es hacer que la actividad social de los registros escritos sea la máxima. La biblioteconomía es la gestión del conocimiento (...) Es la más interdisciplinar de todas las disciplinas, porque consiste en la ordenación, correlación y estructuración de los conocimientos y de los conceptos. (...) Biblioteconomía y semántica general deben ser aliados naturales, estrechamente correlativos y convergentes en muchos puntos. Ambas (...) están profundamente conglobadas en el lenguaje, en el simbolismo, en la abstracción, en la conceptualización y en la evaluación” <sup>32</sup>.

<sup>30</sup> LEYH, Georg: *Der bibliothekar und sein Beruf*, en *Handbuch der Bibliothekswissenschaft*, 2, Wiesbaden, 1961 <sup>2</sup>, 1 Kap., pp. 1-112.

<sup>31</sup> *Loc. cit.*, p. 75. Citado por SERRAL, *In difesa...*, p. 44.

<sup>32</sup> SHERA, Jesse H.: “Social epistemology, general semantics, and librarianship”, *Wilson library bulletin*, 35, 1961, pp. 767-770.

En otro texto <sup>33</sup>, Shera hace hincapié en la relación entre biblioteconomía y comunicación social de los conocimientos, y concluye en la constatación de que “en realidad, el verdadero núcleo de la biblioteconomía está constituido por la relación entre los conocimientos registrados, de una parte, y el usuario que los emplea, de la otra”. Para que los conocimientos registrados sean activos y operantes, la biblioteconomía debe contar con una doble estructura teórica (referida al proceso de comunicación y a las configuraciones del pensamiento humano) y con una superestructura técnica; sólo así podrá crear mecanismos eficaces para establecer una conexión bibliográfica entre el usuario y el depósito de conocimientos registrados.

Tate, en un artículo sin demasiado relieve <sup>34</sup>, dice que la biblioteconomía (*librarianship*) es la organización, la sistematización y el uso efectivo de los conocimientos documentados. Nitecki aborda la cuestión de la naturaleza y los límites de la ciencia bibliotecaria (*library science*) <sup>35</sup>. Empieza por aclarar que el concepto de ciencia se define “respecto al método usado para formular las relaciones entre los diversos aspectos del conocimiento, o bien en los términos del tipo de relaciones consideradas (es decir, el sector de conocimiento estudiado)”, para afirmar, después, que la biblioteconomía puede ser considerada disciplina científica, tanto por los métodos que emplea como por su objeto de estudio. Nitecki propone un modelo de teoría para una ciencia bibliotecaria basado en la relación triádica entre el libro (L), el usuario (U) y el específico sector de estudio (D). El contenido de la ciencia bibliotecaria se limita a las características que son compartidas por L, D y U, en cuanto que se hallan en el ámbito de un sector del conocimiento. Todo lo que se estudia en biblioteconomía depende del previo saber que de L, U y D poseen las demás disciplinas, y en consecuencia las disciplinas auxiliares de la biblioteconomía son aquellas que tratan, empírica o teóricamente, de los diversos aspectos de L, D y U. Por otra parte, la biblioteconomía debe ser responsable de toda la relación triádica, sin privilegiar a ninguno de los tres elementos de la misma. Fairthorne <sup>36</sup> se opone a las tesis de Nitecki afirmando que es el “Discurso”, y no el “Conocimiento”, el objeto de estudio de la biblioteconomía, de modo que ésta queda sin uno de los fundamentos de su legitimidad como teoría; a lo cual Nitecki replica <sup>37</sup> diciendo que su perspectiva es biblioteconómica mientras que la de Fairthorne es documentalista o de teoría de la información. Para Serrai <sup>38</sup>, la

---

<sup>33</sup> SHERA, Jesse H.: *Putting knowledge to work*, en *Libraries and the organization of knowledge*, London, 1965, pp. 51-62.

<sup>34</sup> TATE, Vernon P.: “The philosophy of librarianship”, *Accademie e biblioteche d'Italia*, 24, 1956, pp. 97-108.

<sup>35</sup> NITECKI, Joseph Z.: “Reflection on the nature and limits of library science”, *The journal of library history*, 3, 1968, pp. 103-119.

<sup>36</sup> FAIRTHORNE, R. A.: “The limits of information retrieval”, *The journal of library history*, 3, 1968, pp. 363-369.

<sup>37</sup> NITECKI, Joseph Z.: “Reply of Mr. Nitecki to Mr. Fairthorne”, *ibid.*, pp. 369-374.

<sup>38</sup> SERRAI, *In difesa...*, p. 50.

actitud de Nitecki es de tipo metafórico-filosófico, y la de Fairthorne de tipo morfológico-técnico.

En el área anglosajona, y en las dos últimas décadas, se ha alzado una tendencia fuertemente crítica respecto a las garantías teóricas de una disciplina que precisamente allí mismo, parecía muy firme en los planos científico y académico. Una colección de trabajos titulada, global y significativamente, *Toward a theory of librarianship*.<sup>39</sup> iniciaba este cuestionamiento; la contribución de Foskett señala “la ausencia de una aproximación filosófica a las materias profesionales y la fácil pero necia aquiescencia a reducir la biblioteconomía a tecnología”<sup>40</sup>. En otro contexto, Line<sup>41</sup> reclama una desmistificación de la biblioteconomía y de la ciencia de la información; entre opiniones corrosivas y condenatorias afirma: “La biblioteconomía es esencialmente una actividad práctica”. Kesting<sup>42</sup> denuncia la crisis de la biblioteconomía, que, según él, es la crisis de la civilización contemporánea, y asigna a la disciplina, como resultado de un cotejo entre las bibliotecas de la Antigüedad y las de nuestro tiempo, los siguientes temas de competencia: funciones de conservación, promoción del uso, institución de nuevas bibliotecas y mejora de los servicios, investigación y formación científica y profesional, tipología de las bibliotecas y representatividad cultural.

Comoquiera que en los autores anglosajones hemos visto empleados los términos *librarianship* y *library science* con significados que en la traducción (*biblioteconomía*, por lo general, para ambos términos; *ciencia de la biblioteca* o *ciencia bibliotecaria*, algunas veces, para el segundo) no quedan suficientemente deslindados, es oportuno traer aquí las definiciones que de cada uno de aquéllos ofrecen dos fuentes lexicológicas especializadas, norteamericana una, británica la otra. La ubicación de esas fuentes es de sumo interés, porque, como se verá, no sólo se da preferencia a uno u otro término en los Estados Unidos o en Gran Bretaña (lo que no pasaría de ser anecdótico), sino que tal preferencia responde a una distinta concepción de la disciplina. La norteamericana A. L. A. define así ambos términos:

“*Librarianship*. La profesión que se ocupa de la aplicación del conocimiento de los medios y de aquellos principios, teorías, técnicas y tecnologías que contribuyen al establecimiento, preservación, organización y utilización de las colecciones de materiales de bibliotecas y la

<sup>39</sup> RAWSKI, C. H.: *Toward a theory of librarianship. Papers in honor of Jesse Hank Shera. Edited by...* Metuchen, The Scarecrow Press, 1973.

<sup>40</sup> FOSKETT, D. J.: *Ibid.*, p. 169.

<sup>41</sup> LINE, Maurice B.: *Demystification in librarianship and information science*, en *Essays on information and libraries. Edited by K. Barr and M. Line. Festschrift for Donald Urquart*. London. Aslib, 1975, pp. 105-116.

<sup>42</sup> KESTING, J. G.: *Qumram and the quest of modern librarianship*. University of Capetown, Inaugural lecture, 17th. May 1978.

diseminación de información a través de medios de comunicación”<sup>43</sup>.  
 “*Library science*. Conocimiento y habilidad para seleccionar, adquirir, organizar y utilizar la información impresa a fin de satisfacer las demandas y necesidades de un grupo de usuarios”<sup>44</sup>.

El británico Leonard M. Harrod, por su parte, los define así:

“*Librarianship*. La profesión del bibliotecario. V. también Ciencia de la biblioteca (*library science*)”<sup>45</sup>.

“*Library science*. Término genérico para el estudio de las bibliotecas y unidades de información, el papel que desempeñan en la sociedad, sus diversos componentes, rutinas y procesos, y su historia y futuro desarrollo. Usado en los EE.UU. de América con preferencia al término británico *librarianship*”<sup>46</sup>.

Quedan claras, pues, las diferencias entre uno y otro término, y las razones de las preferencias: para los norteamericanos, existe una ciencia de la biblioteca (*library science*) que es conocimiento/estudio (acerca de cuya científicidad no se pronuncia, por cierto, ninguno de los dos glosarios) y que abarca el conjunto formado por la biblioteca y su funcionamiento; para los británicos hay sobre todo una ciencia aplicada, o mejor, una aplicación profesional de un conocimiento/técnica. Aquí, al comentar las definiciones nacidas en el área anglosajona, he puesto entre paréntesis el término inglés del original cuando me ha parecido necesario hacer notar el significado preciso que tenía en el texto citado la traducción *biblioteconomía*.

En los países del bloque socialista europeo la reflexión biblioteconómica aparece poblada de connotaciones sociopolíticas. Así, el checoslovaco DRTINA<sup>47</sup>, tras poner entre las condiciones de la especialización científica de la biblioteconomía la necesidad de que ésta determine, sobre el modelo de la clasificación bibliotecaria soviética, su posición en el sistema general de las ciencias, declara que “el principio fundamental de la biblioteconomía no puede ser otro que la investigación de la función social —esto es, del movimiento social— del libro”<sup>47 bis</sup>, apoyándose en abundantes citas de Marx. En otro texto<sup>48</sup>, DRTI-

<sup>43</sup> *The A.L.A. glossary of library and information science*. Chicago, A.L.A., 1983, p. 130.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 132.

<sup>45</sup> *Harrod's librarian's glossary of terms used in librarianship, documentation and the book crafts and reference book*. 5th ed. rev. and updated by R. Prytherch. Aldershot, Gower, 1984, p. 444.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 457.

<sup>47</sup> DRTINA, Jaroslav: “Zur Klassifikation der Bibliothekswissenschaft”, *Zentralblatt für Bibliothekswesen*, 75, 1961, pp. 193-207. Vid. LENIN und das Bibliothekswesen, Leipzig, VEB, 1972.

<sup>47 bis</sup> Citado por SERRAI, *In difesa...*, p. 45.

<sup>48</sup> DRTINA, Jaroslav: *Die Bibliothekswissenschaft als Hochschuldisziplin*, en *Gegestand und Methoden der Bibliothekswissenschaft unter besonderer Berücksichtigung der Bibliothekswissenschaft als Hochschuldisziplin*, Leipzig, 1963, pp. 113-130.

na propone que la disciplina, para salvarse del bloqueo organizativo y técnico, se inserte en el cuadro de las ciencias sociales y en particular de la ciencia pedagógica, pues, como materia autónoma de enseñanza universitaria y como campo de investigación científica, no ha obtenido justificación y fundamento sino en la sociedad socialista, aplicándose a educar y formar a la juventud y a las masas trabajadoras. La subdivisión de la biblioteconomía en disciplinas biblioteconómicas responde, según Drtina, a los tres elementos que definen y condicionan la totalidad de la materia: el libro, la biblioteca y el lector. Koblitz, más preocupado por los aspectos académicos, estudia la relación entre biblioteconomía y documentación y la posición de ambas en la ciencia de la información <sup>49</sup>, temas de los que ya se había ocupado Kunze <sup>50</sup>, “maestro de la biblioteconomía en el área socialista” según Carrión Gútez <sup>51</sup>.

Los logros teóricos, marcadamente afirmativos respecto a la cientificidad de la disciplina y a su *status* académico, de los biblioteconomistas norteamericanos, por una parte, y de los socialistas, por otra, reavivan en Alemania Occidental la polémica que en el área germana se venía arrastrando desde Schrettinger. La Convención de Colonia de 1969 se propone definir el concepto de biblioteconomía y discutir si, tras él, subsiste una disciplina verdaderamente científica. La aportación más interesante es la de Sauppe <sup>52</sup>, quien, después de una serie de consideraciones sobre el concepto de ciencia, asume la definición dada por Kant (toda doctrina cuando llega a ser un sistema, vale decir, es un conjunto de conocimientos ordenado según principios) y, sobre esa base, las ideas del Círculo de Viena y la sistematización formulada por Popper. La parte histórica e histórico-cultural de la biblioteconomía no resiste a criterios tan limitativos, pero la parte organizativa y gestinaria admitiría, al respecto, pareceres opuestos, habida cuenta de, como todas las ciencias del comportamiento y de la sociedad, excluye regularidades permanentes; los enunciados biblioteconómicos tienen su mayor debilidad, sin embargo, en la actitud meramente profesional y practicante de los bibliotecarios. Lo importante para Sauppe es que la biblioteconomía, tan pronto como toma en cuenta al usuario y sus necesidades, rebasa, en cuanto teoría de la organización y de la gestión, sus propias fronteras y se instala en los terrenos de la comunicación, mezclándose con varias disciplinas y técnicas de investigación; la biblioteca es uno más entre los casos en que pueden presentarse los sistemas de información. Sauppe termina

---

<sup>49</sup> KOBELITZ, Josef: “Die Stellung der Bibliothekswissenschaft und der Informations- und Dokumentationswissenschaft”, *Zentralblatt für Bibliothekswesen*, 83, 1969, pp. 689-720.

<sup>50</sup> KUNZE, Horst: *Bemerkungen zum Thema “Wissenschaftliche und Dokumentation”*, en *Bibliothek, Bibliothekar, Bibliothekswissenschaft. Festschrift Joris Vorstius*, Leipzig, Harrassowitz, 1954, pp. 203-213.

<sup>51</sup> CARRIÓN GÚTEZ, Manuel: *Manual de bibliotecas*. Madrid, Ediciones Pirámide, 1987, p. 57.

<sup>52</sup> SAUPPE, Eberhard: Informe en la Convención de Colonia del 27-29 de octubre de 1969. *Bibliothekswissenschaft. Versuch einer Begriffsbestimmung in Referaten und Diskussionen bei dem Kölner Kolloquium. Herausgegeben von Werner Krieg*, Köln, 1970, pp. 72-104.

afirmando que los estudios biblioteconómicos abarcan, bajo el aspecto formal, todos aquellos temas que requieren una búsqueda específicamente bibliotecaria, y bajo el aspecto material, todo lo que también es provechoso para la formación profesional del bibliotecario (derecho, actividad editorial, técnicas de reproducción y encuadernación, etc.). Por su parte, Kluth, en su informe <sup>53</sup>, se propone definir la biblioteconomía en los términos de la ciencia de la comunicación, y declara resueltamente que el específico y claro ámbito científico de la disciplina es el de la ciencia de las comunicaciones, dado que cualesquiera otros factores o medios que considere o emplee no confieren ni restan especificidad científica en cuanto tales. Posición enteramente opuesta a la tendencia positiva de la Convención de Colonia, y también a la legitimación científica de la disciplina en el seno de una teoría social del uso, es la de Pflug, quien niega absolutamente a la biblioteconomía el *status* de ciencia <sup>53 bis</sup>. Y de nuevo Sauppe, en un texto enjundioso y penetrante <sup>54</sup> donde pervive el espíritu de la Convención de Colonia, insiste en la consideración de la biblioteconomía como ciencia, interesándose sobre todo por la investigación bibliotecaria, sin la cual no es posible aquella consideración. A dicha investigación concurren, además de la exigencia de dar un contenido científico a la disciplina (lo que, según Sauppe, es una preocupación estéril y frívola en sí misma), algunas circunstancias y condiciones objetivas: a) creciente significado de las bibliotecas para la sociedad, b) modificada relación de la biblioteca con sus usuarios, c) creciente complejidad de las estructuras bibliotecarias, d) progresiva tecnificación de las bibliotecas, e) aumento de los balances bibliotecarios. El desarrollo correcto de una práctica eficiente exige una teoría cuya investigación debe progresar en unas condiciones particulares y en unas direcciones bien definidas. Sauppe establece unas y otras <sup>55</sup>, centrando la investigación en el concepto de información, entendido éste en el sentido semántico y pragmático de la comunicación social. Tal investigación incluye los temas tradicionales de la historia de las bibliotecas (que a su vez incluye la historia de la práctica bibliotecaria y la historia de la profesión bibliotecaria), la paleografía y la bibliología (en todos sus aspectos).

Veamos ahora cómo es definida la biblioteconomía en el área latino-sud-europea y latinoamericana. La definición de Buonocore nos ha servido de punto de partida y ha sido comentada aquí largamente, por lo que no volveremos sobre ella. También han sido reseñadas aquí, para cotejo con fuentes no espe-

---

<sup>53</sup> KLUTH, Rolf: Informe en la Convención de Colonia. *Ibid.*, pp. 109-130.

<sup>53 bis</sup> PFLUG, Günther: *Bibliothekswissenschaft?*, en *Bibliothekarbeit heute. Beiträge zur Theorie und Praxis. Festschrift für Werner Krieg zum 65. Geburtstag*, Frankfurt, Vittorio Klostermann, 1973, pp. 74-80.

<sup>54</sup> SAUPPE, Eberhard: *Bibliothekswissenschaft und Bibliotheksforschung*, en *Zur Theorie und Praxis des modernen Bibliothekswissenschaft*. Herausgegeben von W. Kehr, K. W. Neubauer, J. Stoltzenburg, München, Saur, 1976, I, pp. 9-87.

<sup>55</sup> Un buen esquema de los temas para una ciencia de las bibliotecas según las concepciones de Sauppe, en CARRIÓN GÚTIFEZ, *Manual*, pp. 45-47.

cializadas, sendas definiciones aportadas por dos diccionarios, uno enciclopédico y otro de uso del español. Vayamos a las fuentes especializadas, es decir, las del ámbito disciplinar. Para Emili Eroles <sup>56</sup>, biblioteconomía es “el arte de conservar, ordenar y administrar una biblioteca”. Contrasta este concepto, caracterizado por un elemento tan impreciso —y desde luego tan acientífico— como “arte”, que implicaría el de “destreza” o el de “oficio”, con el que el mismo Eroles tiene de la bibliotecología: “Ciencia de la biblioteca: tratado sobre la formación, la ordenación y la administración de la biblioteca <sup>57</sup>”. Después trataremos de la bibliotecología y de su relación con la biblioteconomía; ahora debermos preguntarnos: ¿cómo, con la sola variante de la “formación” por la “conservación”, y sin especificación alguna, la biblioteconomía es “arte” y la bibliotecología es “ciencia”? ¿Y qué significado epistemológico tiene el término “tratado” aplicado a esta última? Por lo demás, y con la variante señalada, la definición de Eroles repite en lo esencial el esquema conceptual de la de Buonocore. Emilia Currás, en cambio, elude ese esquema, que es el habitual, y *da, de la biblioteconomía, una definición indirecta, secundaria y no muy estricta:*

*“La bibliografía constituyó durante mucho tiempo una ciencia por sí misma, hasta que fueron aumentando el número de bibliotecas. Bibliotecas que se convertían en complejas instituciones independientes en su administración y función y que dieron lugar a que se hubiere de utilizar el término biblioteconomía” <sup>58</sup>.*

Atando cabos, de esta idea se deduce que la biblioteconomía es la ciencia de la administración y función de la bibliotecas, pero habría que precisar el significado, ahí, del término “función”. Más riguroso y rico es el tratamiento que da al concepto y sus relaciones Carrión Gútiéz. En el “Glosario” de su *Manual* aparece esta definición:

*“Biblioteconomía: Estudio de las técnicas necesarias para la organización y funcionamiento de una biblioteca” <sup>59</sup>.*

El término “estudio” parece implicar una científicidad generadora —y configuradora— de las técnicas. Pero es el propio Carrión, en la misma obra, quien disipa las dudas. Tras señalar la evolución de la biblioteca y de su cometido social, se refiere a la evolución de la biblioteconomía:

<sup>56</sup> EROLES, Emili: *Diccionario histórico del libro*, Barcelona, Millá, 1981, p. 51.

<sup>57</sup> *Ibíd.*

<sup>58</sup> CURRÁS, Emilia: *Las ciencias de la documentación. Bibliotecología, archivología, documentación e información*. Barcelona, Mitre, 1982, p. 19.

<sup>59</sup> CARRIÓN GÚTIEZ, *Manual*, p. 708.

“La vieja biblioteconomía se ha transformado porque a la biblioteca actual se le pide que trascienda sus propios fines tradicionales. La complejidad creciente de la biblioteca y de la estructura bibliotecaria, exigen una serie de conocimientos a cuyo conjunto podemos seguir llamando, si queremos, biblioteconomía”<sup>60</sup>.

Explica seguidamente la extensión de estos conocimientos y la necesidad de sus contactos interdisciplinarios con diversas ciencias y con disciplinas técnicas, para acabar abordando la cuestión de su cientificidad. Existen criterios generales para determinar si dichos conocimientos son científicos o no.

“Pero el carácter científico de los conocimientos suele manifestarse por dos formas de reconocimiento: en primer lugar, un *reconocimiento epistemológico*, que tiene lugar cuando, por encima de la mera transmisión de datos históricos, de experiencias y de prácticas, hay una investigación sobre el mundo de las bibliotecas realizada con métodos científicos, cuyos resultados pueden reunirse en un conjunto de ideas conexas y permiten desarrollar una terminología propia. No basta, pues, un mero conjunto de disciplinas unidas por algo externo a las mismas como pueden ser unos profesionales (los bibliotecarios) que las conocen o unas instituciones que aplican algunos de sus resultados. Tampoco basta la simple aplicación de resultados sin el conocimiento de los porqués.

La otra forma de *reconocimiento* científico es la *social* y nace del hecho de que existan unos investigadores identificables por su especialidad como distintos de otros, que se unen en asociaciones especiales, que exponen los resultados de sus estudios en reuniones y publicaciones especializadas y que pueden recibir una especie de consagración canónica con la aceptación de sus estudios como disciplina universitaria”<sup>61</sup>.

El corolario de este luminoso planteamiento es, considerada la diversificación de la biblioteca por imperativos históricos, el siguiente:

“La realidad, sobre todo la histórica y social, con su complejidad ha hecho así diversificarse el conocimiento bibliotecario, pero, al mismo tiempo, han hecho nacer una nueva rama del árbol de la ciencia: la ciencia de lo que tienen en común todas las bibliotecas. No hay inconveniente alguno en que, conservando un viejo y prestigioso nombre, la llamemos *biblioteconomía*”<sup>62</sup>.

---

<sup>60</sup> *Ibíd.*, p. 42.

<sup>61</sup> *Ibíd.*, p. 44.

<sup>62</sup> *Ibíd.*, p. 45.

De Francia nos llegan dos definiciones de la disciplina, ambas en textos que se autotitulan como destinados a un primer nivel de enseñanza. La A.B.F., en un "*cours élémentaire*", define la biblioteconomía como "estudio de las técnicas utilizadas en las bibliotecas"<sup>63</sup>. Sophie Danis, en un "*petit dictionnaire de l'apprenti-bibliothécaire*", hace otro tanto, así:

"Ciencia, técnicas y actividades relativas a la organización, la gestión, la legislación y la reglamentación de bibliotecas (NF z 40-100). El triángulo bibliotecario está formado por las colecciones, los usuarios y la biblioteca en cuanto servicio organizado"<sup>64</sup>.

La primera de estas definiciones parece algo imprecisa ("estudio") y restrictiva ("las técnicas"). La segunda, tomada de la normativa, es completa y pormenorizada: a la científicidad une los aspectos técnicos y prácticos; y añade una descripción orgánica que ya hemos visto en Drtina y, con alguna variante, en Nitecki; su esquema coincide con el de la definición dada por Buonocore.

De los biblioteconomistas italianos recojo aquí, igualmente, dos definiciones. La de Guerriera Guerrieri dice:

"La *biblioteconomía* es el conjunto de las normas que regulan la vida de la biblioteca y es parte de la bibliotecología, la cual comprende la historia de las bibliotecas, su descripción y estadística, y la bibliotografía, esto es, la codificación y la historia de la biblioteconomía"<sup>65</sup>.

Dejemos para después el concepto y la división de la bibliotecología. La definición de la biblioteconomía que da Guerrieri es, a mi juicio, vaga e inexacta por demás: reduce la disciplina a una pura normativa, y de otra parte, literalmente, podría ser la definición de un reglamento de régimen interno de una biblioteca determinada, porque ¿qué es "la vida de la biblioteca"? Supongo que con esa expresión se quiere decir actividades, administración, gestión, etc. Pero no se dice.

Alfredo Serrai no ha dado, de la biblioteconomía, lo que se entiende estrictamente por "definición". Pero sus aportaciones al esclarecimiento y delimita-

<sup>63</sup> A.B.F.: *Le métier de bibliothécaire: cours élémentaire de formation professionnelle*, 7<sup>e</sup> éd. Paris, Promodis, 1983, p. 311.

<sup>64</sup> DANIS, Sophie: *Petit dictionnaire de l'apprenti-bibliothécaire ou les documents en tous ses états*. Villeurbanne, E.N.S.B., 1984, p. 20.

<sup>65</sup> GUERRIERI, Guerriera: *Nuove linee de biblioteconomia e bibliografia. Edizione riveduta, aggiornata ed ampliata. A cura de Giuseppe de Nito*. Napoli, Guida Editori, 1982, p. 9.

ción del concepto son tantas y tan consistentes que, juntas, conforman una definición sumamente precisa. Su preocupación capital es:

“...explorar la posibilidad de que para la biblioteconomía se halle, o sea construible, un andamiaje científico tal que sostenga, de la biblioteconomía, una convincente fisonomía profesional y correspondientemente legitime o rechace las prácticas bibliotecarias subordinadas”<sup>66</sup>.

En un libro que él titula significativamente *La biblioteconomía como ciencia*, establece lo que puede ser tomado como definición teleológica de la disciplina:

“La biblioteconomía tiene por objeto de estudio la estructura y el funcionamiento del sistema que tiene confiado el recoger y poner en relación unos productos intelectuales y de información de unos hombres, con la necesidad intelectual y de información de otros que por lo general quedan lejos en el tiempo y en el espacio”<sup>67</sup>.

Dos ideas nuevas y fecundas aparecen ahí: la de *sistema* y la de *información*, que sitúan la biblioteconomía en un inhabitual contexto epistemológico y disciplinar. En el libro al que pertenece la cita penúltima —de título igualmente significativo: *En defensa de la biblioteconomía*—, las definiciones no formales, laterales, abundan. Elijo algunas de ellas:

“En el término biblioteconomía resultan así etimológicamente incluidas las dos ideas que presiden las dos direcciones fundamentales de la disciplina bibliotecaria: la primera relativa a la determinación de las leyes de funcionamiento, para después derivar de éstas los procedimientos más eficientes; la segunda referida a la individuación, y por tanto a la repetición, de las prácticas bibliotecarias, de lo que en la biblioteca se ha hecho siempre, se ha de hacer y se deberá seguir haciendo”<sup>68</sup>.

“El empleo del término ‘biblioteconomía’ presupone que exista y funcione una estructura bibliotecaria, en cuanto tal estructura es una organización de documentos. Una organización es tal, sólo si está regida por principios, por leyes y por reglas; una biblioteca es una institución organizada, únicamente si está construida sobre las prescripciones de una biblioteconomía”<sup>69</sup>.

<sup>66</sup> SERRAI, *In difesa...*, p. 1.

<sup>67</sup> SERRAI, Alfredo: *Biblioteconomia come scienza. Introduzione ai problemi e alla metodologia*. Firenze, Leo S. Olschki, 1973, p. 2.

<sup>68</sup> SERRAI, *In difesa...*, p. 2.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 7.

“La biblioteconomía es esencialmente una ciencia del orden, de un conjunto de órdenes aplicados a documentos y a noticias”<sup>70</sup>.

“La biblioteconomía, en cuanto doctrina de la organización de documentos rastreables y encontrables por aquello que contienen —y por tanto doctrina de las condiciones de organización de las memorias documentarias, de su utilización y de su acceso—, y por tanto, aún más generalmente, como doctrina de la consulta y de la transmisión de las informaciones, abarca la documentación y el *information retrieval*; los cuales de ese modo forman parte de la biblioteconomía, e incluso se identifican con ella en sus miembros más vitales y en sus funciones más difíciles”<sup>71</sup>.

“...el deterioro de la biblioteca no quiere decir también decadencia de la biblioteconomía; ésta, como doctrina del trato de consulta con las colecciones de documentos, no ha seguido la suerte de la biblioteca, sino que se ha ensanchado hasta comprender en sus competencias el proceso global de la comunicación que tiene lugar por mediación de memorias escritas”<sup>72</sup>.

“La biblioteconomía es, en primer lugar, (...) propiamente la doctrina relativa a (la) actividad (de mediación entre los libros y los lectores)”<sup>73</sup>.

Consideremos, finalmente, el término *bibliotecología* y su significado. Buonocore fue el primero que lo utilizó en nuestra lengua, advirtiendo que lo tomaba en E.G. Gietz y definiéndolo así:

“Es el conjunto sistemático de conocimientos relativos al libro y a la biblioteca. Por tanto, la bibliotecología comprende dos grupos de disciplinas: las que se refieren al libro en sí mismo, individualmente considerado como entidad autónoma, y las relativas a la biblioteca, esto es, al libro como elemento integrante de una serie, conjunto o universalidad de hecho. Las materias relativas al libro son: la bibliología, la bibliotecnia y la bibliografía. La ciencia de las bibliotecas se divide a su vez en dos ramas perfectamente distintas: la biblioteconomía y la bibliotecografía. Como disciplinas auxiliares: la paleografía, la diplomática, la filología y la metodología histórica”<sup>74</sup>.

<sup>70</sup> *Ibid.*

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>74</sup> BUONOCORE, Domingo: *Elementos de bibliotecología*. 3.ª ed. reformada. Santa Fe, Castellví, 1952, pp. 3-4.

Es un concepto que nos interesa precisamente aquí por varios motivos: 1.º, porque comprende el de biblioteconomía, junto con los de otras disciplinas fronterizas con ésta; 2.º, porque establece, de ese conjunto, un sistema plausiblemente organizado; 3.º, porque ha sido adoptado por la generalidad de los autores latinoamericanos, identificándolo frecuentemente con el de biblioteconomía. Es materia de otro estudio la consideración de las disciplinas fronterizas y de sus respectivas áreas particulares (las disciplinas auxiliares que cita Buonocore no son todas y corresponden a una visión casi arcaica de la biblioteca en sí y de sus trabajos). Y paso a examinar los otros dos motivos de interés, no sin antes detenerme en la definición misma. Comparada con la que, del término en cuestión, da el propio Buonocore en su *Diccionario*<sup>75</sup>, ambas vienen a ser casi idénticas, pero esta última aparece enriquecida por algunos juicios reseñables. He escrito “casi idénticas” porque en sustancia y en muchas de sus expresiones son idénticas; su única diferencia importante es que la definición aquí transcrita utiliza la sorprendente y no justificada expresión “ciencia de las bibliotecas” para designar lo que en el *Diccionario* es calificado simplemente como “dos materias” (a saber: la bibliotecografía y la biblioteconomía); de otra parte, la biblioteconomía es definida en este artículo (*Bibliotecología*) de distinto modo que en el suyo propio del mismo *Diccionario* (es decir, de como figura en el comienzo de este trabajo):

“(la biblioteconomía)... estudia la organización técnica y la política administrativa más convenientes para que las bibliotecas cumplan eficientemente sus fines”.

En el *Diccionario*, después de definir la bibliotecología y señalar y caracterizar sus partes, Buonocore advierte de su disconformidad con Fumagalli y con Berta Becerra respecto al contenido y la distribución de este “conjunto sistemático de conocimientos”. Fumagalli<sup>76</sup> había registrado la palabra bibliotecología como sinónimo de biblioteconomía, a lo cual Buonocore, con muy buen sentido, se opone diciendo que “existe entre ambas una relación de género a especie: la primera es el todo, la segunda simplemente una parte o rama”. Sin embargo —lo comentaremos enseguida— los autores latinoamericanos y alguno que otro español han adoptado el primero de los dos términos en una aceptación al menos muy próxima a la que le da Fumagalli. Berta Becerra<sup>77</sup> divide la enciclopedia del libro en dos ramas: bibliología (tratado del libro) y bibliotecología (tratado de la biblioteca, o sea, de la selección de libros), y subdivide esta última en ocho secciones: biblioteconomía, clasificación de las bibliotecas,

<sup>75</sup> BUONOCORE, *Diccionario*, pp. 89-90.

<sup>76</sup> FUMAGALLI, Giuseppe: *Vocabolario bibliografico*. Firenze, Leo S. Olschki, 1940.

<sup>77</sup> BECERRA, Berta: “Nuestra ciencia”, *Boletín de la Asociación Cubana de Bibliotecarios*, v. I, n.º 1, marzo, 1949, pp. 9-10.

bibliotecografía, bibliogeografía, historia, extensión bibliotecaria, acción bibliotecaria y varia. Buonocore funda su crítica en su propio concepto y partición de la bibliotecología, y en efecto, un examen de los contenidos de la bibliología y de las ocho “secciones” del conjunto bibliotecológico lleva a reagruparlos conforme al sistema de Buonocore, mucho más riguroso; y de otra parte, la bibliogeografía, ideada por Berta Becerra como disciplina de la distribución del libro entre las bibliotecas del mundo para localizar los ejemplares existentes y ponerlos a disposición del estudioso, es una sola cosa con el préstamo internacional mediante catálogos colectivos, tarea propia de la biblioteconomía.

El resto del artículo de Buonocore que estoy comentando se refiere a los elementos etimológicos del término. A este respecto es mucho más rico y lúcido el análisis de Serrai <sup>78</sup>. Para el autor italiano, la palabra griega *nomos*, que entra en la composición de *biblioteconomía*, significa “usanza, práctica habitual” y “ley”, en la suposición de que “o bien las usanzas representen regularidades, y por tanto deriven de las leyes, o bien las normas no sean más que codificaciones de fenómenos regulares” <sup>79</sup>. La comparación de *nomos* con *logos*, que para Buonocore tiene un sentido jerárquico-cuantitativo en favor del segundo, es vista así por Serrai:

“Los términos compuestos con *nomía* indican en su mayoría aquellas disciplinas que identifican y estudian las leyes, o las regularidades, de los fenómenos dinámicos y de los procesos que se desarrollan en el interior de un sistema natural o aplicativo (...) Por el contrario, los términos compuestos con *logía* indican en general el estudio de entidades o de eventos o de fenómenos particulares...” <sup>80</sup>.

Ya me he referido a la definición de bibliotecología que da Emili Eroles, cotejándola con la de biblioteconomía del mismo autor. Ese cotejo <sup>81</sup> permite deducir que Eroles es de los que consideran ambos términos como sinónimos, lo mismo que casi todos los autores latinoamericanos (J. E. Sabor, Cagnoli, Revello, Penna, Garza, Aguayo...), tanto en sus textos propios como en sus traducciones del inglés. De Emilia Currás ya conocemos una definición de la biblioteconomía que arranca, en progresión vaga y extensiva, de la bibliografía; mas véase cómo, con el mismo punto de arranque y prosiguiendo en la extensión, se llega a la bibliotecología:

“Dentro de la biblioteconomía quedó la bibliografía como un auxiliar, como una parte dentro de todas las funciones que se realizan en una

<sup>78</sup> SERRAI, *In difesa...*, pp. 1-3.

<sup>79</sup> Vid. texto al que hace referencia la nota 68.

<sup>80</sup> SERRAI, *In difesa...*, p. 2.

<sup>81</sup> Vid. textos a los que hacen referencia las notas 56 y 57.

biblioteca junto con la clasificación, la catalogación, etc. El término biblioteconomía sigue persistiendo y sigue utilizándose. Pero, he aquí que el concepto estático de biblioteca, como lugar donde se conservan y guardan los libros, se ha visto convulsionado. Actualmente se acude a ellas para buscar información. Además, las nuevas técnicas informáticas, de micrografía, de videoacústica, se utilizan frecuentemente para el trabajo bibliográfico y documentario de los libros. El término biblioteconomía se ha quedado pequeño y se ha empezado a utilizar el de 'bibliotecología'.

Se ha dicho que la biblioteconomía presupone una postura estática, mientras que la bibliotecología implica un movimiento dinámico. Es un término de uso muy reciente sobre todo en España, en donde aún no es aceptado por la mayoría de los bibliotecarios.

Según los razonamientos aquí expuestos la bibliotecología, como tratado de las bibliotecas y englobando en éstas todos los procesos que en ellas tienen lugar, desde que llega el libro hasta que sale la información hacia el lector, comprende la bibliología, la bibliografía y la biblioteconomía. Aunque todas ellas sean parte del mismo rango y se consideren a un mismo nivel científico y metodológico”<sup>82</sup>.

Los aspectos susceptibles de crítica parecen numerosos y pueden resumirse como sigue. I. Prescindiendo de que la “información”, en sentido amplio, siempre ha sido al menos uno de los fines de la biblioteca, ya Taylor<sup>83</sup>, en 1967, habían estudiado y pormenorizado los contactos entre la ciencia de la información y la biblioteconomía (*librarianship*), sin derivarse de ello la obligación ni la conveniencia de que esta última cambiase su nombre por otro al que le había sido dado un significado propio y preciso. De otra parte, la conclusión de Sauppe<sup>84</sup>, tras constatar que tomando en consideración al usuario y sus necesidades se rompen los límites de la biblioteconomía como teoría de la actividad organizativa y gestonaria, es, siguiendo a los autores norteamericanos, que la biblioteca constituye uno de los casos en que se pueden presentar los sistemas de información, lo cual implica que la biblioteconomía es una parte, la más antigua y más elaborada, de la ciencia de la información; pero no hay transformación ni cambio de denominación. II. La informática, la micrografía, la videoacústica han sido integradas en la biblioteconomía por autores recientes, de todas las áreas y “escuelas”, sin que tal aumento de materias haya determinado un nuevo nombre de la disciplina global. III. Hablando de autores recientes, no lo son Fumagalli ni Buonocore, que pusieron en circulación —con distinto sig-

<sup>82</sup> CURRÁS, Emilia: *Las ciencias de la documentación...*, p. 19.

<sup>83</sup> TAYLOR, Robert S.: “The interfaces between librarianship and information science and engineering”, *Special libraries*, 58, 1967, pp. 45-48.

<sup>84</sup> SAUPPE, Eberhard: *Bibliothekswissenschaft und Bibliotheksforschung*, en *Zur Theorie und Praxis...*, ed. cit., pp. 9-87.

nificado, como sabemos— el término *bibliotecología* en 1940 y 1952 respectivamente, es decir, cuatro y tres décadas antes de la publicación del libro de Emilia Currás que aquí se cita. IV. En el gráfico con que dicha autora representa y explica su concepto de la bibliotecología, este término aparece unido al de biblioteconomía por un trazo a cuya derecha dice: “Difunde información”, con lo cual se da a entender que es el suplemento de difusión de la información lo que caracteriza a la bibliotecología respecto a la biblioteconomía; la objeción a tal aserto viene dada aquí en el punto I de mi crítica.

Finalmente, otro concepto que importa reseñar y analizar es el de *bibliotecología internacional* o *bibliotecología comparada*. Carrión Gútiéz (en cuyo *Manual*, por cierto, no aparece ni una sola vez el término *bibliotecología*) habla de “biblioteconomía internacional” asociándola, en el mismo epígrafe y en el texto subsiguiente, a la “cooperación internacional”<sup>85</sup>, o más bien, subordinándola a esta última, pues viene a definirla como apoyo doctrinal de base para la cooperación internacional. Y sin más examen teórico pasa a describir “algunas realidades” de la cooperación bibliotecaria internacional: las asociaciones profesionales internacionales y sus programas, las publicaciones y reuniones especializadas, las realizaciones bibliotecarias concretas y las normas técnicas. Parece evidente que Carrión Gútiéz da preferencia a los aspectos prácticos de la cooperación, por más que aluda a un cierto fundamento teórico; y ni siquiera menciona la bibliotecología (o biblioteconomía) comparada. Tampoco Buonocore registra este último término cuando en su *Diccionario* dedica un artículo a la bibliotecología internacional, de la cual dice que:

“Podríamos definirla como aquella cuyo contenido y principios derivan, en el plano supranacional, de la actividad realizada por instituciones gubernamentales y no gubernamentales con el propósito de mejorar y racionalizar los servicios de información científica”<sup>86</sup>.

Seguidamente se refiere al desarrollo de esta disciplina en las últimas décadas, a las causas materiales y finales de tal desarrollo, a la contribución de diversos organismos y a los resultados de dicha contribución, en un sentido semejante al de las “realidades” que enumera Carrión Gútiéz, pero sin entrar, como éste hace, en detalles. Y termina diciendo:

“Bajo este aspecto y con las necesarias salvedades, pensamos que la bibliotecología ha seguido un ritmo paralelo y similar al desarrollo del derecho que, de carácter local en sus orígenes, fue ampliando progresivamente su esfera haciéndose, en etapas sucesivas, nacional, regional e internacional”<sup>87</sup>.

<sup>85</sup> CARRIÓN GÚTIEZ, *Manual*, pp. 617-629.

<sup>86</sup> BUONOCORE, *Diccionario*, p. 90.

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 91.

Más interés doctrinal tienen las aportaciones al esclarecimiento del concepto reunidas y sistematizadas por Naimuddin Qureshi <sup>88</sup>, y entre las cuales destacan la de Chase Dane y la de Richard Krzys. Dane, el primero en utilizar el término *bibliotecología comparada*, lo define así:

“Un estudio de la bibliotecología en numerosos países, con objeto de determinar los factores que son comunes a dichos países y los que sólo se encuentran en uno de ellos. Se trata de una evaluación de las concepciones y de las políticas en materia de bibliotecología a escala internacional, a fin de conocer las grandes tendencias, valorar las deficiencias y descubrir las contradicciones y discrepancias entre teoría y práctica.”

Krzys presenta una nueva denominación: *estudio internacional y comparado de la bibliotecología*, acerca de cuyo contenido dice:

“El estudio internacional y comparado de la bibliotecología se define aquí como una expresión genérica que abarca las investigaciones relativas a fenómenos bibliotecológicos en sus aspectos intranacionales, internacionales e interculturales, con el objetivo inmediato de profundizar en la bibliotecología por medio de la explicación, la predicción y el control de dichos fenómenos, y con el objetivo último de mejorar la bibliotecología mediante la comparación entre las diversas formas que asume la práctica de la bibliotecología en el mundo.”

Qureshi divide los estudios de este tipo en tres categorías: *a)* estudios por zonas, como base para la descripción y el análisis del desarrollo bibliotecario en un país o una región, considerando las circunstancias operantes; *b)* estudios internacionales o interculturales sobre una determinada especie de bibliotecas en distintos países, o sobre el modo de abordar un problema técnico en varios países, o en diferentes circunstancias en un mismo país; *c)* estudios de casos, análisis de una determinada especie de bibliotecas o de un elemento esencial del desarrollo bibliotecario de un país.

Subraya Qureshi el provecho que a los bibliotecarios reportan estos estudios, por la información que les proporcionan acerca de la teoría y la práctica bibliotecológicas en otro medio, y consiguientemente por la posibilidad que tal información les brinda de aplicar a su propio medio las soluciones que ya han sido dadas a problemas semejantes. Ahora bien, el comparatismo de Dane y Krzys, pese a la mediata finalidad utilitaria que se asigna, corresponde a un

---

<sup>88</sup> QURESHI, Naimuddin: “La bibliotecología comparada e internacional: estudio analítico”, *RUCIBA*, vol. II, n.º 1, febrero-marzo 1980, pp. 23 ss.

planteamiento disciplinar mucho más especulativo-doctrinal que el de las concepciones de Buonocore y Carrión Gútiéz, quienes, eludiendo, incluso en la denominación, toda cualificación comparatista, ponen el énfasis en los resultados y en la existencia de organismos de alcance internacional que faciliten esos resultados, de índole eminentemente práctica, a escala planetaria <sup>89</sup>.

---

<sup>89</sup> Vid. también, sobre bibliotecología internacional en sentido comparatista, HARVEY, John F., *Comparative and international library science*, Metuchen, N. J., The Scarecrow Press, 1977; y en sentido cooperacionista, HAWARD-WILLIAMS, P., "La cooperación internacional entre bibliotecas", *Boletín de la UNESCO para las bibliotecas*, marzo-abril 1972, pp. 64-69, y CHANDLER, George, *International and national library and information services: a review of some recent developments: 1970-1980*, Oxford (etc.), Pergamon Press, 1981.